

Manifiesto de la ACUS en el Día del Universitario Católico

Domingo 1o. de Julio de 1951

El pasado año de 1950 quedó designado el primer domingo de julio como el Día del Universitario Católico.

En el documento del Arzobispo de San Salvador, que dió pie a esta celebración, se señalaban las características de este día: hacer sentir a los católicos, y particularmente a los más cultos e ilustrados, la obligación que tienen de conocer el pensamiento católico, y de irradiarlo, después, en el mundo de la cultura y de la sociedad; prestar un apoyo moral y material a las obras que se inicien con estos fines. En el Edicto Arzobispal de junio, del pasado año, se recogían con marcada alegría los intentos y primeros pasos que en nuestra Patria se daban, para que fuera una realidad la aparición de un movimiento de estudiantes universitarios que persigue precisamente los fines señalados.

Así es en verdad, decimos los socios de la ACUS. Porque, desde hace dos años exactamente estamos trabajando un grupo de jóvenes universitarios por lograr un ideal que, durante muchos años, se acariciaba en nuestra patria. Sin afirmar que hemos llegado a la meta de nuestras aspiraciones, podemos decir que sí vamos caminando con paso firme aunque lento por el trabajo que supone dar base sólida a un movimiento de esta naturaleza.

Si en un principio pudo producir sorpresa nuestra aparición, e incluso merecer algunos ataques de quienes vieron o pretendieron ver en nosotros fines e intentos menos nobles, hoy estamos desarrollándonos en un ambiente tranquilo, con vistas a un porvenir que creemos seguro en nuestras manos y que, primero Dios, ha de dar positivos resultados para nuestra sociedad y para nuestra religión.

Pensamos con este optimismo, a pesar

de que lo que hemos hecho hasta el presente sea poco, porque creemos que hemos hecho ya lo más árduo y difícil. Lo dice así el número de socios de que se compone nuestra sociedad, hasta rebasar el centenar y medio; lo dice la superación, en buena parte, de las dificultades económicas que hemos tenido para contar con los medios de trabajo, estudio, formación indispensable; lo dice el mismo ambiente que vamos sintiendo en derredor nuestro. Se han vencido gran parte de las dificultades que una obra como la nuestra tiene en sus comienzos, aunque las más hayan provenido de factores muy externos y circunstanciales.

Nuestros fines no pueden ser más claros; proveer y proveernos de aquellos medios que se consideran como más indispensables en la formación del estudiante universitario y que nuestro medio, normalmente, nada o muy poco se cuida de suministrarlos: el sentido moral y de responsabilidad, sobre todo en relación con el ejercicio de nuestra futura profesión; un conocimiento más cabal de nuestra religión, y en particular del aspecto que ofrece para la vida del profesional y del ciudadano católico; medios y facilidades de trabajo universitario, por medio de bibliotecas y de instrumentos de trabajo. Y todo ello con el fin de prepararnos mejor para ejercitar nuestra profesión con un elevado sentido social.

Para nadie es un secreto que la Universidad, como tal, se desentiende de la formación integral del estudiante. Cuida de que el alumno asista a las aulas, estudie las materias que le corresponden y se examine de ellas. Cuado más, se ocupa de que la ciencia y la investigación al-

cancen cada día más altos grados. Pero el problema de la formación integral del estudiante, es cosa que aún no ha merecido mayor atención en las asambleas y congresos universitarios. Y, sin embargo, el hombre y el joven, no son sólo cuerpo ni sólo entendimiento. Tienen, es cierto, su base ontológica, física e intelectual, pero también la psíquica, la moral, la social y la religiosa. Todos estos elementos son los que constituyen la base integral del hombre y todos merecen que se les preste su debida atención. Cualquier trabajo o esfuerzo que se haga en orden a ayudar al joven universitario en su formación integral, debe ser visto con los mejores ojos por cuantos quieran el bien de la sociedad.

Añádase que siendo nosotros católicos, como la inmensa mayoría de nuestros compañeros, haríamos mal si nos cruzáramos de brazos ante la corriente moderna del pensamiento humano que tan decididamente se está orientando hacia la religión, en busca de una base segura y sólida, y no tratáramos de aprovechar el cúmulo de energías y valores que encierra nuestra religión. En vano reclamaríamos, como se hace hoy tan repetidamente, que entrasen vigorosas las fuerzas espirituales en el seno de nuestra sociedad, tan

positivista como materializada, si no procuráramos conocerlas y después manejarlas.

Nuestras ideas y pensamientos son por fortuna patrimonio de gran parte del mundo universitario, y son las que están inspirando la gran variedad de estudios y congresos que trabajan por pesar serenamente las responsabilidades que recaen sobre la Universidad y sobre los profesionales. No en balde se encuentran tanto la Universidad como el profesional en la cúspide de la sociedad, y por ello más obligados a aportar un mayor contributo en bien de la comunidad. Desde esa posición de privilegio, en nuestra condición de católicos, queremos aprender a dar lo que en justicia puede pedirnos nuestra sociedad, que es salvadoreña y es también católica.

Por todo ello desearíamos que este Día del Universitario Católico fuera para todos nuestros compañeros de estudios, como también para los mismos profesionales, día de meditación serena y profunda, que nos haga entender las responsabilidades que pesan sobre nosotros, y las facilidades que para realizar nuestra misión en la sociedad, nos brinda la unión y agrupación de nuestras fuerzas.

